



EL COMISARIO

BOLETIN DIARIO DEL COMISARIADO DE GUERRA

SOLDADO POPULAR:

No esperes a que los demás cumplan su deber para cumplir el tuyo. Procura, más bien, darles ejemplo y servirles de acicate y estímulo. Mantente sereno y firme, y así contribuirás al logro de la victoria. Tu conducta hallará pronto imitadores y habrás servido doblemente a la causa de defendes.

Año I

Madrid, 20 de noviembre de 1936

Núm. 15

¡NO IMPORTA!

Los países fascistas—Alemania, Italia y Portugal—han reconocido a la Junta facciosa de Burgos. La noticia no puede causarnos el menor asombro. Lo que sí nos extraña es que lo hagan ahora, después de venir favoreciendo durante cuatro meses a los rebeldes españoles en tal escala que, merced a esa ayuda extranjera, les ha sido posible prolongar un esfuerzo del que por sí solos no hubieran sido capaces.

En nada varía la situación, puesto que esas potencias han procedido, desde el comienzo de la guerra, como si hubieran ya reconocido la legitimidad de ese pretendido Gobierno. Si ese acto modificase en algo el estado de cosas anterior, sería en el sentido de mover a otros países, hasta hoy vacilantes e indecisos, a mirar nuestra causa como algo más que un esfuerzo para solucionar problemas nacionales españoles.

El paso dado por esos Gobiernos dictatoriales descubre por entero la doblez de su conducta y demuestra la "sinceridad" de su "no injerencia". Se han desmascarado públicamente. El mundo entero sabe ya a qué atenerse. El reconocimiento, en plena guerra civil, de una Junta facciosa es, a todas luces, incompatible con una posición de neutralidad.

Ya era ésta notoriamente injusta, puesto que el hecho de otorgar igualdad de trato al Gobierno legítimo y popular de un país y a un grupo de militares traidores a su palabra, desleales para con su pueblo y



que se han autoproclamado "gobernantes" vulnera todos los derechos y usos internacionales.

En semejantes circunstancias, la decisión de esas tres potencias es un innegable acto de hostilidad. Suponemos que los otros países sabrán interpretarlo rectamente y amoldarán su conducta a ese juicio.

España espera, convencida de su razón, segura de su fuerza. No importa.

La conducta del pueblo

La serenidad del pueblo madrileño debe permanecer inalterable cualesquiera que sean los procedimientos a que recurran, en su impotencia, los generales traidores a su juramento y a su pueblo. Nuestra mayor fuerza reside, sin duda alguna, en que no manchamos nuestra razón con venganzas y represalias reprobables.

El asesinar a prisioneros y desatar olas de terror sobre los pueblos son procedimientos dignos de nuestros enemigos. Por nuestra parte, ansiamos que el día del triunfo nuestra conciencia y los más suspicaces países extranjeros no puedan denunciar ningún hecho del que tengamos que arrepentirnos.

El pueblo, repetimos, no puede modificar su actitud ni su ejecutoria, porque son expresión exacta de su idiosincrasia. Las atrocidades cometidas por las hordas salvajes que mandan los fascistas pueden horrorizarnos, pero nunca serán un antecedente que influya en nuestra conducta.

NADIE PUEDE DERROTAR A UN PUEBLO QUE SABE COMBATIR

ATRINCHERAMIENTOS



I
Los medios de atrincheramiento son, principalmente, el parapeto y la trinchera. Del primero ya nos hemos ocupado ocasionalmente en otros artículos. Existen también, como anexos o complementarios de los atrincheramientos, las alambradas, de las que luego hablaremos.

La trinchera consiste en una zanja dispuesta de manera que nos permita disparar estando a cubierto de las balas del enemigo. Para comunicar entre sí las trincheras se enlazan mediante "ramales", que son también zanjas, si bien por estar comúnmente orientadas de modo que no presentan flanco al adversario, no necesitan igual

protección que las trincheras principales.

Unas y otras deben excavarse utilizando los accidentes naturales del terreno y procurando que no sean muy visibles para las líneas contrarias. Se llevará mucho cuidado, en consecuencia, en no situar las tierras extraídas en lugares donde se pueda observar que son de reciente extracción.

Para que la protección que nos presten sea verdaderamente eficaz deberán llevar parapeto a un lado y otro, de modo que en estos muros se estrellen tanto las balas procedentes de la línea adversaria como los trozos de metralla de las granadas que estallen a nuestra espalda, detrás de la trinchera.

No es prudente excavarlas en línea recta, sino en zigzag (sucesión de ángulos), en línea mixta (pequeños trozos de recta enlazados entre sí por trozos curvos) o, finalmente, de trozos curvos enlazados. En todos los casos se practicarán de trecho en trecho ensanchamientos a modo de nichos, precaución indispensable cuando, por cualquier circunstancia, nos hayamos visto obligados a excavar la trinchera en línea recta.

Conservaremos con el mayor cuidado la tierra de la superficie al cavar, con objeto de ponerla sobre la más profunda, con lo cual se disimulará la excavación a los ojos de nuestros contrarios.

De dos maneras puede realizarse ésta: dando de una sola vez a la zanja la profundidad que haya de tener, o cavando en dos tandas, a poca profundidad la primera y más a fondo después. Hay que trabajar lentamente y procurando protegerse del fuego de las líneas enemigas. Si existen hoyos o refugios individuales aislados resulta mucho más



práctico ahondarlos y cavar entre ellos zanjas de la misma profundidad. De esta forma, al mismo tiempo que se hace la trinchera se está en disposición de ocultarse en caso necesario o repeler una agresión inesperada.

Si dispusiéramos de tiempo suficiente para ello es muy útil labrar en la pared delantera de la zanja un escalón que nos permita situarnos cómodamente para disparar. De no ser factible esto conviene no hacer la trinchera demasiado profunda ni muy altos los parapetos protectores, puesto que ello nos impediría la cómoda observación de los movimientos del enemigo.

HASTA LA VICTORIA

Es en los momentos de mayor gravedad cuando se demuestra el temple de los hombres. Vencer en circunstancias favorables está al alcance de cualquiera. Lo que califica a un soldado de luchador es triunfar en horas críticas, saltando por encima de todos los obstáculos, supliendo — a fuerza de heroísmo y decisión — las deficiencias de toda índole que haya de encontrar para el desarrollo de su labor.

Hay que vencer; como sea. Hay que luchar hasta el fin y cueste lo que cueste. No hay parto sin dolor, y estamos asistiendo al alumbramiento de una nueva España, libre, digna, segura de su porvenir luminoso.

EL LEVANTAMIENTO DE LOS GENERALES FASCISTAS FUE UN ACTO MORALMENTE MONSTRUOSO; PERO LOS HECHOS MATERIALES LO PUEDEN MIRAR POR ENCIMA DEL HOMBRO. LO SOBREPujan EN VILEZA E INIQUIDAD.



Las ideas que sustenta el mundo entero sobre la capacidad que el hombre posee para cometer el mal deben ser rectificadas inmediatamente. Suponemos que nadie había pensado en que los crímenes atroces que el fascismo comete eran cosa asequible a los seres humanos.

El triunfo será nuestro

En los días en que las hordas mercenarias de los generales traidores se han enfrentado con la capital, los heroicos defensores de la libertad y de la justicia han dado pruebas contundentes de un valor y arrojo insuperables. Este espíritu

combativo, cuyo origen arranca del ideal que nos anima, ha provocado reacciones en el ejército fascista, debilitando su moral hasta el punto de que sus ataques, lejos de responder a un plan militar cuidadosamente meditado y llevado a la práctica, son más bien movimientos esporádicos de un ejército que se siente impotente para lograr los objetivos previamente señalados y que, para evitar su destrucción, recurre a golpes tan audaces como desesperados.

Nuestros combatientes no deben olvidar esto; por el contrario, han de reflexionar sobre ello muchas veces, por constituir una

fuerza de enseñanzas nada despreciable. Ello nos muestra: primero, que los ataques de que seamos objeto no son una avalancha arrolladora a la que no podamos oponer con seguridad de éxito nuestra firme voluntad de resistirlo, y segundo, que un ejército disciplinado, defendiendo, como el nuestro, un ideal que nos es sagrado, cuenta con las mayores probabilidades de éxito.

Nuestros milicianos no deben nunca dudar de nuestro triunfo. Con el valor y la abnegación de que hasta hoy han dado muestras, podemos proclamar que el fascismo se destruirá en las puertas de nuestra capital.



LA MORAL MILICIANA

Hemos desechado desde el principio la moral gazonera e hipócrita de que tanto alardean nuestros adversarios. Nuestra moral, la moral revolucionaria y popular, no se viste con ropajes que disimulen su contenido, porque éste es sano, diáfano, lleno de humanidad y de vida.

Por imperativo de esa moral nosotros no asesinamos a mujeres y niños. Ellos, los facciosos, los que se llaman — sin serlo — cristianos y piadosos, manchan con su asquerosa baba todo lo más respetable. Nada hay que no sea para ellos objeto de escarnio y motivo para desahogo de sus apetitos inconfesables. El saqueo, el atropello, la mentira... Así es como pretenden convencer al mundo de que quieren la paz y la prosperidad de su pueblo.

El pueblo ya sabe a qué atenerse. Ellos y nosotros somos incompatibles; nuestra moral está llena de dignidad, de respeto, de decoro. Hay en los trabajadores un fondo inagotable de "propia estimación" que suple con ventaja, en no pocos casos, las deficiencias de cultura. Ellos, los que han poseído siempre sobrados medios para ilustrarse, los han utilizado con la mira egoísta de sojuzgar, de esclavizar al pueblo, de explotar inicua y a los desheredados de la fortuna.

Para nuestra moral, un sanatorio, un hospital de sangre, una escuela, son lugares "sagrados". Para ellos, constituyen "objetivos" militares. En ese simple hecho está condensada la diferencia entre la moral hipócrita, encubridora de podredumbres vergonzosas, y la moral miliciana, plétórica de luz, de ansias de felicidad, de libertad y de mejoramiento...

"Los generales rebeldes que fomentaron esta guerra, a pesar de haber prestado al día siguiente de unas elecciones libres, efectuadas de la manera más regular, el juramento de servir a la República española, son perjuros y criminales sin excusa."

(Palabras del doctor Hugh Dalton, ex subsecretario de Negocios Extranjeros de Inglaterra.)

Lucharemos Lo evidente

En estas horas de tensión bélica, en estos momentos en que necesitamos de todo nuestro ardor combativo, nadie, en nuestras filas, ha pensado en ceder. Todos estamos convencidos de lo inexcusable de la resistencia y de la necesidad del contraataque.

Tenemos una dolorosa experiencia propia y conocemos la experiencia ajena; sabemos lo que es y significa el fascismo; no ignoramos cuáles son sus frutos en países hermanos que hoy gimen bajo su yugo inhumano. No cabe la más insignificante duda, la más pequeña vacilación.

Resistiremos y atacaremos siempre, porque amamos la libertad, porque deseamos una vida mejor, digna de llamarse vida; porque no podemos volver a los dolorosos tiempos de la persecución sin causa y la tortura sin motivo; porque amamos a nuestros hijos y no los queremos ver en garras del monstruo sin conciencia, que siega vidas y devora pueblos.

Lucharemos siempre, porque nos lo ordena un ideal de redención humana. Lucharemos porque, en suma, queremos ser HOMBRES y no bestias unidas al carro del militarismo soez y el capitalismo odioso y cruel. Basta ya de humillaciones, de ultrajes, de explotación inicua. Tenemos derecho a gozar de la vida; tenemos derecho a que nuestros hijos conozcan la felicidad de una Humanidad sin verdugos.

Y sabremos asegurarnos esos derechos, fusil en mano, cueste lo que cueste.

Las autoridades sanitarias madrileñas han denunciado al digno Cuerpo diplomático acreditado en Madrid los salvajes atentados de que han sido objeto nuestros hospitales por parte de los piratas del aire facciosos, elementos carentes de todo escrúpulo y que ponen su habilidad como pilotos al servicio de la vesanía y la criminalidad de los traidores a su pueblo. Esperamos que esos respetables embajadores podrán ya informar a sus respectivos Gobiernos de la verdad sobre los bombardeos de Madrid.

Y se reconozca o no oficialmente la razón que nos asiste, los pueblos de cincuenta países civilizados vibrarán de indignación al conocer la indigna conducta de los asesinos a sueldo del fascismo internacional. Esos pueblos no ignoran que en cada uno de ellos late el germen de esa asquerosa plaga. Por decoro, por cultura..., incluso por elemental instinto de conservación, los ciudadanos conscientes de todo el planeta han de unirse a nosotros en esta protesta indignada.

Estamos seguros de que lo harán.

